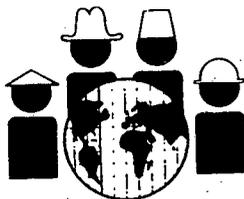




Demetrio Boersner



La Hora Internacional

Entre octubre y noviembre de 1992 se manifestaron diversos síntomas de un gran cambio mundial de orientación desde el conservatismo neoliberal hasta proyectos un tanto más sociales. El más importante de esos síntomas lo constituyó la elección del señor Bill Clinton y del partido demócrata en los Estados Unidos. Otros aparecieron en el Brasil, en Rumanía, en Lituania y en Rusia.

La recesión económica mundial tendió a agravarse durante el mes transcurrido y es principalmente por ello que ocurre el fenómeno arriba señalado. Hasta los sectores financieros más privilegiados se han dado cuenta de que necesitan el apoyo del Estado —que hasta ayer denigraban y despreciaban tanto— para amortiguar los efectos de la recesión.

Como siempre ocurre en tiempos de dificultad económica mundial, existe el peligro de que resurja con fuerza el nacionalismo y que fracasen los esfuerzos de liberalización del comercio internacional. En ese sentido, el problema más serio se plantea actualmente entre los Estados Unidos y la Comunidad Europea.

En Asia y Africa hubo algunos acontecimientos que merecen ser señalados.

VICTORIA DE CLINTON Y LOS DEMOCRATAS

El 3 de noviembre, el pueblo norteamericano se pronunció claramente a favor de un retorno al poder del Partido Demócrata y de su candidato Bill Clinton. Aún más claramente, expresó su descontento y su enojo ante el presidente saliente George Bush y su administración conservadora y negligente en lo socioeconómico.

Bush —quien hace sólo un año se ganó laureles por sus éxitos en política exterior (guerra del Golfo y otras iniciativas prestigiosas)— creyó que ello bastaría para asegurar su reelección. Se olvidó de que los pueblos piensan casi siempre en primer lugar en los problemas de política interior y sobre todo en los que afec-

tan su vida material.

En los años 1979-1980, el mundo había dado un gran viraje hacia la derecha. Un estancamiento económico internacional acompañado de fuerte inflación favoreció en aquellos momentos la tesis conservadora de que el gasto público excesivo sería la causa de los desajustes y que el remedio consistiría en reducir ese gasto, y disminuir el rol y la importancia del Estado como tal, dejando que la empresa privada y el mercado asuman el papel dirigente y conduzcan al mundo hacia una renovada prosperidad. La vieja creencia (siempre reñida con la experiencia real, pero mantenida y predicada hasta hoy por los discípulos y catecúmenes de Adam Smith, Roepke, von Mises, Hayek y Friedman) de que el libre juego de la oferta y la demanda crea armonía y equilibrio, se impuso a partir de 1980 con el ascenso al poder de dos estadistas enérgicos: la señora Margaret Thatcher en Inglaterra y el señor Ronald Reagan en los Estados Unidos. Bajo la égida de esos gobernantes —que tuvieron imitador en la mayoría de los demás países del mundo— en todas partes se combatió la inflación mediante la reducción del Estado y del sector público, y el fortalecimiento drástico de los sectores privados y sobre todo de su alta dirigencia financiera. Se rebajaron brutalmente los niveles de bienestar y previsión social, y se toleró un alto grado de desempleo —todo ello para que disminuyera el consumo y la liquidez monetaria en manos del público, y que el dinero afluyeran hacia los altos centros de inversión o de financiamiento.

El propósito antiinflacionario se logró, pero al costo de terribles sufrimientos materiales para las capas populares del mundo entero, y al costo también de una incontenible tendencia hacia la recesión económica: si se reduce excesivamente la capacidad de consumo, y se privilegia la oferta por encima de la demanda, durante años seguidos y en escala mundial, es evidente que llegará un momento de sobreproducción y de subconsumo tales, que el proceso económico se detendrá.

Esé momento se ha acercado y los

propios beneficiarios de la política neoliberal (poderosos bancos y otras empresas transnacionales) se han dado cuenta de ello. El Estado debe actuar nuevamente, crear empleos y poner algún dinero en manos de los pobres para que puedan comprar. El triunfo de Clinton debe mirarse parcialmente en esa perspectiva.

Pero también se explica como parte de un fenómeno mundial de creciente ira popular contra un conservatismo neoliberal que se ha tornado insoportable para las mayorías de bajo ingreso.

OTRAS DERROTAS DEL NEOLIBERALISMO

En Rumanía en recientes elecciones el pueblo ratificó en el poder al Presidente Iliescu y su partido, de tendencia económica, semidirigista, y derrotó masivamente al candidato representante de la fórmula neoliberal.

En Lituania, que todavía hace un año aborrecía su pasada asociación con Rusia y rechazaba todo lo que se pareciera al "socialismo", ha ocurrido un viraje radical. En los recientes comicios, salió derrotado el presidente neoliberal y occidentalista y triunfó una coalición de centro izquierda dirigida por excomunistas democratizantes. El nuevo gobierno desacelerará el ritmo de la restauración capitalista y buscará un nuevo "modus vivendi" con la vecina Rusia.

En Rusia misma, el presidente Boris Yeltsin —partidario de una estrecha cooperación con los Estados Unidos y de una rápida y completa transición al capitalismo— ha tenido que hacer importantes concesiones a la oposición socializante y nacionalista. La mayoría de los expertos cree que esa tendencia se acentuará aún más en el año próximo, existiendo incluso el peligro de que el inmenso país eurásico podría caer bajo un régimen autoritario de signo nacional-bolchevique (comunistas aliados con una extrema derecha neozarista, nacionalista y agresiva).

CHINA: HACIA EL "SOCIALISMO DE MERCADO"

La inmensa China se ha convertido en el primero y más formidable de los "tigres asiáticos". Bajo la égida del Partido Comunista y del anciano Deng Xiaoping, de lucidez y energía aparentemente inagotables, durante los pasados 14 años ha

habido una transición gradual de una economía rígidamente estatista a una economía mixta. En las regiones costeras y en el sur del país, el sector privado ya es más amplio y fuerte que el sector público. En otras zonas, la propiedad y gerencia públicas siguen dominando; pero han sido descentralizadas: muchas funciones económicas que antes eran ejercidas por el gobierno nacional, las han asumido las autoridades municipales o regionales.

El efecto de esa liberalización (sin traspasar los límites de un marco socialista esencial) ha sido asombroso: la producción agrícola e industrial, y la actividad exportadora de China viene creciendo a más del 9 por ciento al año. Las inversiones extranjeras afluyen a las áreas que se les han abierto. Los "tigres" de Asia del Sureste —y el propio Japón con toda su poderío industrial y tecnológico— se sienten sobrecogidos por este fenomenal ascenso de un gigante que parece destinado a ejercer la supremacía asiática para dentro de cincuenta años.

A mediados de octubre se celebró el 14º Congreso del Partido Comunista Chino y aprobó oficialmente la doctrina del "socialismo de mercado" concebida y propuesta por el viejo Deng. Conforme a lo aprobado, las privatizaciones se extenderán al país entero y paulatinamente la mayoría de las empresas pasarán a manos de particulares o asociaciones privadas. Los mecanismos del mercado (oferta-demanda) regirán la producción y el intercambio. Sólo las empresas básicas o de importancia estratégica permanecerán en manos del Estado, el cual por lo demás mantendrá su ojo regulador y supervisor sobre el vasto proceso económico, y defenderá el principio de la equidad social. La filosofía que regirá al país continuará siendo socialista —primacía del interés social, búsqueda del pleno empleo y de la remuneración de cada quien según el trabajo, seguridad social del vientre materno hasta la tumba. El partido comunista conservará el monopolio del poder político; paulatinamente en su seno se tolerará una mayor diversidad de opiniones, pero no se admitirá el pluripartidismo.

En términos sencillos, China está avanzando aceleradamente del socialismo puro a una economía mixta de tipo socialdemócrata. Pero a diferencia de Gorbachov, Deng Xiaoping no admite la democratización en el plano político, hasta tanto la reforma económica está completa y consolidada. El líder ruso hizo las cosas al revés: apertura política antes de que se hubiese efectuado la reforma económica. Alertado sin duda por el fracaso de Gorbachov, el máximo dirigente chino está decidido a avanzar con pulso firme: Reforma socioeconómica primero, antes de

aflorar las riendas de una conducción política vertical y monista.

Aunque los demócratas deploremos en principio la decisión de mantener el autoritarismo político en esta etapa, no podemos dejar de comprender las motivaciones de Deng. China jamás en su historia de cuatro mil años ha conocido siquiera por un momento un pluralismo democrático. El único pluralismo que ha conocido, fue el de la anarquía y las guerras civiles. Desde Confucio hasta hoy, la teoría política y la sensibilidad popular China, sólo concibe una autoridad única, emanada del "Cielo" o del "Señor Celestial" (término que hasta los comunistas utilizan para designar la Síntesis Suprema). En la práctica china, ese principio de autoridad única no excluye que ella sea en cierta medida democrática, a través de la consulta más amplia y franca con todos los sectores de la población, y la renovación de la dirigencia mediante concursos de oposición abiertos a todos por igual.

CAMBOYA ESTANCADA

El proceso de paz, promovido por las Naciones Unidas, en la trágica y sufrida Camboya, sigue estancado, por culpa de la intransigencia del Khmer Rojo, bando ultraizquierdista increíblemente salvaje y criminal, como lo demostró cuando estuvo en el poder. Años atrás Vietnam intervino en el país para salvar a su población de ser exterminada en su casi totalidad por el régimen del KR, presidido por Pol Pot. Lamentablemente, los Estados Unidos reaccionaron contra la presencia vietnamita, aliándose con China (cuyo gobierno financia y apoya hasta hoy al Khmer Rojo), y tolerando de hecho la continuación de las actividades de ese grupo espantoso. De esos antecedentes se deriva el hecho de que hasta hoy los secuaces de Pol Pot hayan conservado suficiente fuerza como para sabotear la solución reconciliadora y democrática que en principio fue acordada por todos los bandos interesados.

AFRICA MERIDIONAL: DOS SABOTEADORES

Recientemente se han producido positivos procesos de democratización y de pacificación en dos países de África meridional: Angola, gobernada hasta hace poco por un autoritarismo de izquierda, y la República Surafricana, otrora tiranizada por un autoritarismo de derecha. Lamentablemente, en ambos países, caudi-

llos tribales irresponsables, verdaderos bribones políticos, están saboteando o dificultando esos procesos positivos.

En Angola, ante las nuevas circunstancias mundiales; el régimen del MPLA, presidido por Eduardo Dos Santos, abandonó su carácter marxista-leninista y abrazó principios más bien socialdemócratas. Renunció al monopolio del poder y dejó que se celebrasen unas elecciones bajo supervisión internacional, calificadas de totalmente libres y pulcras por todos los observadores.

En esas elecciones, el pueblo ratificó en el poder a Eduardo Dos Santos y al MPLA. El candidato vencido Jonas Savimbi, jefe del bando "UNITA", que durante décadas había estado en insurrección armada contra el gobierno, presuntamente en nombre de la "democracia" y de los valores occidentales acaba de demostrar la total falsedad e hipocresía de toda su actuación pasada, al negarse a reconocer el resultado electoral, y reanudar la guerra facciosa contra el gobierno ahora legitimado.

En Suráfrica, el presidente blanco reformista De Klerk y el líder negro Nelson Mandela entablaron conversaciones amplias y sinceras y lograron impulsar un proceso de democratización que ya prácticamente ha puesto un fin al sistema de apartheid (segregación y discriminación racial).

Pero los acuerdos De Klerk-Mandela están siendo saboteados por el cacique Zulú Mangosuthu Buthelezi, cuya milicia armada, la organización Inkkatha, asalta a masacra a los seguidores de Mandela y amenaza con hundir al país en nuevos conflictos sangrientos e incontrolables. Como Savimbi, Buthelezi es hipócrita: en el pasado se jactaba de su "cristianismo" y su amor por la "democracia", y hoy desconoce el proceso democrático del país. Llegó incluso, hace poco, a firmar una alianza abierta con la extrema derecha de raza blanca, partidaria del mantenimiento del apartheid.

Pero Savimbi y Buthelezi no actúan solos: ambos están respaldados y apoyados activamente por los blancos sudafricanos derechistas, de línea dura, deseosos de impedir la democracia racial y de mantener a las mayorías negras de África austral sometidas a la dictadura de minorías privilegiadas de raza europea.

